

*El hilo rojo de los estorninos*

EL HILO ROJO DE LOS ESTORNINOS

© L. Jorge Pruneda

Imprime: HiFer A.G., Oviedo.

[www.hifer.com](http://www.hifer.com)

Impreso en España

I.S.B.N.: 978-84-19256-74-4

Dep. Legal: AS - 02341 - 2023



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

L.J.Pruneda

***El hilo rojo de los estorninos***

*La meta es el origen*



Dedicada a Claudia.  
Luchadora.  
Cómplice.  
Sensible.  
*Amiga.*



¿Por qué las personas se convierten en pareja?

¿Cómo puede ser que dos desconocidos se encuentran y sus destinos quedan unidos para siempre?

¿Qué puedes llegar a sentir cuando esa persona que forma parte de tu vida se aleja?

Existen un montón de leyendas que pueden responder a estas preguntas. Yo, me quedo con la tradición japonesa del hilo rojo.

¿La conoces?

Según ella, las relaciones humanas están seleccionadas por la existencia de un hilo rojo, invisible, que los dioses atan al dedo meñique en aquellas personas destinadas a encontrarse en la vida. La leyenda es clara: si el destino tiene preparado que te encuentres con alguien en concreto, así será.

También afirma que, las dos personas conectadas tendrán una historia importante, sin afectar el lugar, el tiempo o las circunstancias. El hilo se puede desgastar, enredar, tensar, contraer y estirar, pero nunca, nunca, se va a romper.

¿Por qué en el dedo meñique?

La leyenda del hilo rojo, surge cuando se descubre que la arteria cubital conecta al corazón con ese dedo. Es por eso que, en muchas culturas, se cierran promesas al entrelazar este dedo con el de otra persona.

Se cree que la delgada vena que inicia su recorrido en el corazón y sale a través del dedo meñique de nuestra mano, se extiende por el mundo invisible y termina su curso en el corazón de otro.

Ahora, por un breve instante, piensa en todas y todos los que hoy significan algo en tu vida... ¿Serán las que están unidas a tu hilo rojo?

La vida es limitada y la única forma de disfrutarla es vivir intensamente cada instante.

Puedes hacerlo a través de esos pequeños detalles que cada día tienes ante ti: esa cena con tus amigos, un paseo en solitario o con la persona que amas, visitar una exposición, contemplar la lluvia a través de la ventana; el sabor, el olor y el calor de una taza de café, una novela entretenida o el capítulo de tu serie preferida.

Sueña.

Ríe.

Ilusiónate hoy.

Nada dura para siempre.



Encuentra lo que amas  
y deja que te ame.

Solo se vive una vez,

pero si lo haces bien, una vez es suficiente.  
Nadie te puede robar los sueños.



## *El sueño de un final*

Vida.

Truenos ensordecedores en el alma.

Crónica del despertar de los sentidos.

Relámpagos de luz.

Semilla de un final.

Es extraño y sin embargo es real, por primera vez en mi vida soy consciente de que lo que está pasando no es más que un sueño.

—Estoy soñando —reproduzco ese mantra en mi cabeza una y otra vez para creérmelo.

Pero me siento raro y descolocado. No estoy despierto, eso es seguro. Tampoco estoy soñando, no sé cómo explicarlo.

Miro a mi alrededor, todo está en orden. Es mi casa, pero las habitaciones son distintas, más amplias, tienen otro color y se oye una música diferente a la que a mi me gusta. Yo no la he puesto.

Te tengo ante mí, Daniela.

Sonríes.

Lo haces con ese sonido alegre, que semeja una canción de cuna. Extiendo una mano para tocarte, sé que tengo la oportunidad de decirte algo ¿Desde cuándo se puede decidir lo que se dice en los sueños?

—Es mi momento —murmuro.

Sigues avanzando hacia mí. No estás sola. Trato de expresar algo.

—Puedo hacerlo, solo es un sueño.

—Ismael —me llamas.

Me encanta como suena mi nombre en tu boca, Daniela. Siempre me ha gustado.

No sé dónde estoy, pero decidido, me levanto y voy hacia ti. Cuando estoy a menos de diez centímetros, alargas tu mano y acaricias mi mejilla. El tacto de mi piel es frío y delicado como una figurita de porcelana.

Cierro los ojos.

Te abrazo.

Te siento.

Todo queda inmerso en esa capa densa y viscosa que forma la niebla en Asturias, es como si mi mente estuviera empeñada en ayudarme borrando todo aquello que últimamente he vivido de forma atropellada.

## Capítulo 2

Recuerdo aquel atardecer.

Ya finalizaba el día, aunque aún había bastante luz. Sobrepasé la entrada del parque de Ferrera, no sabía qué hora era. Fui a mirarla en mi reloj de pulsera, pero me di cuenta de que no me lo había puesto. Llevaba el móvil en el bolsillo y no me apetecía volver a mirarlo, durante los últimos minutos ya había leído demasiadas cosas absurdas en él.

Entrecerré los ojos y mirando al cielo disfruté del vuelo de una bandada de estorninos que dibujan movimientos imposibles en el aire, lo hacían mientras cruzaban los cielos en dirección al Niemeyer. Me quedé quieto para ver cómo se desplazaban creando imágenes geométricas y figuras tan llamativas como hipnóticas. La bandada bullía como un todo, que se contrae y se expande, se eleva, desciende y cambia de dirección manteniendo siempre una forma compacta. Pude darme cuenta de que destilaban libertad.

Libertad, justo lo que yo debería sentir y no tenía. El Cuervo me llaman, porque me gusta vestir de negro. Qué paradoja; el cuervo mirando volar a los estorninos.

Todos de oscuro.

Ellos en el cielo, yo con los pies anclados a la tierra. En mis pensamientos trajina otro vuelo oscurecido e hipnótico que no me permite vislumbrar la realidad de las cosas. Hace ya varios

meses que he cumplido dieciséis años y en mis días impera una escala de grises que finaliza en tonos negros como mi ropa.

Desde los trece años una sombra confusa me persigue.

Trece, número de mal presagio para muchos.

Trece de diciembre, Santa Lucía. Hoy.

Miré al suelo e introduje las manos en los bolsillos sin levantar la mirada. Temo que, si lo hago, pueda encontrar un reflejo de lo que necesito olvidar.

Angustia.

Sí, la angustia y la resignación van a mi lado como inseparables compañeros de viaje. Un viaje que procede del presente más próximo y que no me permite vislumbrar el futuro más inmediato.

Soledad.

Con la vista baja y ensimismado en lo más profundo de mis pensamientos, fue imposible que pudiera verte venir. No tengo el recuerdo de que hubiéramos coincidido antes en el instituto, eras pequeña en estatura y grande de corazón, aunque este último detalle nadie podía apreciarlo con solo verte pasear por la calle.

La bandada de estorninos pega un improvisado giro, vira de manera vertiginosa y vuelve a sobrevolar el parque.

Son cientos.

Tal vez miles.

¿Cómo contarlos?

Mejor admirarlos.

Tú avanzabas por la acera, elevaste la vista disfrutando del baile que las pequeñas aves conformaban en el cielo. Semanas más tarde, mientras comíamos una ensalada de gominolas, quicos y frutos secos me contaste que, desde niña, y a lo largo de tus diecisiete inviernos, siempre habías disfrutado de sus giros imposibles, de ese vuelo sincronizado y a la vez desordenado.

Por un momento, la bandada de pájaros se antepone al sol creando una nube de sombras que aminoran la intensidad de la luz.

Daniela, tú mirabas al cielo ¿Recuerdas?

Yo miraba al suelo.

Dos trayectorias opuestas y, eventualmente coincidentes. Dos presentes que, sin buscarse, se encuentran. Dos vidas que, sin nosotros saberlo, iban a la par repletas de experiencias en común.

La fuerza del destino quiso unirnos y lo hizo de una forma caprichosa.

Pecho con pecho.

Cabeza con cabeza.

El golpe fue tan fuerte que otros chicos se giraron para saber qué había ocurrido. Un mareo intenso, similar al que se siente cuando te asomas al abismo de un acantilado, se instaló en nuestros cuerpos. Yo me dejé caer en cuclillas sujetando la cabeza, tirabuzones de pelo negro quedaron enmarañados entre mis dedos. Tú saliste trastabillada hacia atrás, estiraste tu mano derecha para intentar sujetarte y no caer. Con los ojos cerrados te agarraste a una alambrada que, como cota de malla,

se asemejaba a la jaula en la que sin tu saberlo, hacía tiempo estabas prisionera.

Destellos de vida.

Fulgores de destrucción.

Cuando volvimos a tener un sentido claro de la realidad, la bandada de estorninos ya se había alejado sobrevolando los tejados de la ciudad de Avilés. Poco a poco también se retiran las personas que se acercaron a ayudarnos.

Frente a frente, nos miramos a los ojos antes de despedirnos. Ello impidió que viéramos que otros chicos estaban grabando con sus móviles todo lo ocurrido para convertirse en reporteros de la nada.

En este momento no fuimos conscientes de que nuestro destino, a través de nuestro hilo rojo, había quedado sellado para siempre. Nuestro presente despliega una mano de seda al futuro. Sí, ese futuro que seguirá igual, aunque semanas más tarde descubrimos que ya nunca nada volvió a ser como antes.



## Capítulo 3

A la mañana siguiente me levanté de la cama y lo primero que hice fue mirarme al espejo. Con perplejidad pude advertir que la hinchazón de la frente se había puesto de un tono parduzco oscuro. Para que nos entendamos: del color de un gorrion.

Me eché agua a la cara y sentí alivio.

La campana de la iglesia toca ocho veces. A la carrera me puse el pantalón, una camiseta y un jersey de cuello cisne, todo ello en color oscuro.

—¿Otra vez vestido de negro hijo? —reprocha mi madre.

No le respondí.

Hace tiempo que he descubierto que la mejor manera de hacer lo que quiero es evitar las discusiones. Cogí la mochila, un zumo y un bollo de pan relleno de jamón york y queso. Salí de forma apresurada cerrando la puerta con el pie.

En mi cabeza solo había un pensamiento: Verte.

¿Existe el amor a primera vista?

Necesitaba volver a tropezarme con tus ojos marrones y brillantes. Necesitaba saber quién eras, quien eran tus amigos y por donde te movías. La realidad es que, desde que chocamos, como una obsesión, no pude quitarte de la cabeza. Sin saber cómo, ni porqué, me di cuenta de que me gustabas mucho.

Semanas más tarde descubrí ambas cosas.

Al llegar al instituto te busqué con la mirada entre decenas de cabezas dormidas y gestos de cansancio. Un grupete de chicos se encontraba fumando al lado de la portilla de acceso.

—Ahí llega El Cuervo.

Me encogí de hombros y levanté la barbilla a modo de saludo.

—Ayer vimos el video en Tiktok de tu aterrizaje en el suelo después de chocar con Daniela en Ferrera, jajaja ¡Valiente imbécil estás hecho!

Me alejé sin responder, en la calle, al igual que en mi casa, mejor refugiarse en el silencio para evitar discusiones.

Miré a derecha e izquierda.

En el patio.

En el cobertizo.

Te busqué hasta que sonó el pitido de aviso de entrada. En ese momento, como atraídos por un imán, todos fuimos avanzando hacia la puerta. Parecíamos autómatas programados a golpe de sirena. Ratonés hipnotizados por la flauta de Hamelin, hasta que uno a uno fuimos engullidos por la gran boca de acceso al edificio.

Un poco frustrado me senté ante mi mesa mirando hacia la puerta con la ilusión de verte pasar por el pasillo.

No hubo suerte.

En el recreo volví a buscarte. Lo hice en la cafetería, en la biblioteca, en las pistas de juego.

—Tal vez hoy no vino a clase —pensé resignándome.

Cuando volvió a sonar la sirena aumentó mi frustración.

¿Cómo puede ser que hasta ayer nunca había reparado en ti y hoy te necesitase de esta manera?

¿Qué me estaba ocurriendo?

La clase de filosofía se convirtió en un tostón.

En la de matemáticas nos dieron las notas: Un nueve con cinco.

En la de física me dolía la cabeza y cerré los ojos.

—¡Eh, Cuervo, ¡despierta imbécil! Te vas a caer de la silla —Alguien me tira una bola de papel y las risas a mi alrededor consiguen despejar mi mente.

Un nuevo toque de sirena y las puertas se abren convirtiendo el momento en un vomito donde decenas y decenas de jóvenes nos agolpados a las puertas para salir. Coches por todos lados de la carretera esperando para llevarnos a casa. Bueno, a mí no, yo siempre voy caminando.

Solo.

La soledad es condena. Otras veces salvación.

Alguien me empujó, no le di importancia, estoy acostumbrado a que lo hagan, incluso alguna vez ese empujón va acompañado de alguna palabra de menosprecio.

—¡Quita de en medio, Cuervo empollón! Sacas buenas notas porque no paras de hacer la pelota a la profesora.

Yo hago como que no lo escucho y sigo a lo mío. Me voy hacia casa y punto. Semanas más tarde descubrí mi error, porque acostumbrarse es otra forma de morir. Quien elige la conducta, siempre está eligiendo la consecuencia.

Metí las manos en los bolsillos y entonces te vi. ¡Qué alivio!  
Por fin mi mente descansa y se libera.

Caminabas rápido en mi dirección. Te regalé la mejor de mis  
sonrisas con los ojos iluminados.

En ese instante la verdad me dio de lleno, me golpeó en el  
centro mismo de mi equilibrio, y casi me tiró al suelo.

Ni me miraste.

Sobrepasaste mi espacio y te abrazaste a un chico que fuma-  
ba un cigarrillo apoyado en el muro.

Fue como un puñetazo en el estómago.

Qué vergüenza.

Qué rabia.

Mejor no te hubiera visto hacerlo. Una fuerza superior a mí,  
me obligó a miraros. Sonreías. Él te abrazó con fuerza y te elevó  
en el aire. Tú encogiste las piernas doblando las rodillas y te  
dejaste volar en sus brazos.

Una imagen de postal, de escena de película romántica.

Qué bonito si no hubieras sido tu.

Un puño enorme apretó mi corazón hasta dejarme sin aire.  
Deseé tener poderes sobrenaturales, como los personajes de un  
videojuego, y fulminar con un rayo a tu novio, pero de tal ma-  
nera que no quedase ni un rastro de ese ladrón.

No funcionó, creo que no tengo poderes.

Después reparé en él.

Pude apreciar que era una persona ajena al instituto, de  
unos veinte años. Con un poco de barba y pelo perfectamente

cortado. Fuerte. Con un cuerpo moldeado en el gimnasio. Tus amigas dicen que está muy bueno.

Sentí envidia.

De la sana, no... de la otra. Si yo fuera así de guapo, seguro que no vestiría de negro.

Le diste un beso en los labios.

Al posarte en el suelo te reíste como solo saben reír los ángeles.

El extendió su brazo sobre tus hombros como si fueses su posesión. Dejé de darle importancia al gesto cuando vi tu cara de felicidad. Lo hiciste con admiración, justo como a mí me hubiera gustado que me mirases.

Te agarraste a su cintura y os fuisteis en dirección al coche deportivo. Otra corriente de envidia atravesó mi cuerpo. Yo jamás podré competir con alguien como él. Nunca más te volverás a fijar en mí.

¿Por qué el destino hizo que chocaras conmigo?

El puño grande sigue apretando mi corazón y ahora lo re-tuerce.

Unas risas a mi espalda me abstraen del dolor que arrasa mi alma. Siento como la palma de una mano me da un golpe en la nuca. Es un golpe seco, desagradable. Una colleja.

—Cuervo, deja de mirar a Daniela, ella nunca será para ti, imbécil. Y... a ver cuando te lavas. Puaaajjj ¡hueles que apesta!

¿Realmente seré imbécil? Es la tercera vez que me lo llaman esta mañana.

Llevé la mano al flequillo para devolverlo a su estado original y me alejé en silencio. No puedo oler mal. Anoche me he duchado y mis prendas están recién lavadas, aún tienen el aroma a una mezcla de jabón para la ropa y polvos de talco.

Sacudí los hombros.

No merece la pena hacer frente a estos cretinos. Bruno, Borka y el Petas siempre van faltando, son unos camorristas. Se hacen llamar los BBP. La realidad es que la alianza que forman no es un fin, sino un medio para lograr sus intereses. Si tuvieran que devorarse entre ellos, lo harían riéndose como las hienas.

Caminan en dirección al paseo con la espalda recta. Seguros. Disfrutando el momento, saboreando la descarga de adrenalina que recorre sus venas. Cuanto más débil es el oponente, mayor es su sensación de victoria.

¿Te acuerdas?

Al Petas le llamaban así porque siempre se fumaba un porro al entrar y otro al salir del instituto. Decía que así se relajaba y podía soportar las clases. Valiente estúpido, lo que buscaba era presumir ante las compañeras de clase y, la verdad, es que tenía éxito con ellas. ¿Será verdad esa leyenda urbana de que a las chicas las atraen los hombres malos?

Entre la colleja que recibí del Petas y sus bravuconerías, te perdí de vista. Ya te habías ido con tu novio. Resignado introduje las manos en los bolsillos.

Nadie puede ganar sin que otro pierda.

Comienzo a caminar despacio, con la sensación de no ir a ninguna parte.

Sin rumbo.

Sin amigos.

Sin ti.

Después, cuando llegué a casa, me encerré en mi habitación y no dejé de pensar en ti. Lo hice en silencio. Sí, en silencio. Porque el aire que no llegué a respirar es silencio; porque nuestras miradas que hoy no se llegaron a encontrar son silencio; porque las lágrimas que aún no han salido son silencio; y la angustia, la sorpresa y la alegría que hoy he vivido, en un principio, también han sido silencio.

## Capítulo 4

Luna de plata.

Calor de invierno.

Silencios de soledad.

Días más tarde volvimos a coincidir en el instituto. Faltaban cuatro días para las vacaciones de Navidad y, nada más que cruzamos la primera mirada descubrí porqué aquella tarde me habías impactado tanto: tus pupilas son marrones bañadas en un gris avellana que me hacen recordar la niebla cuando se instala en el bosque de la Grandiella. En este mismo instante, a través de tus ojos, pude descubrir la libertad aliviando mi tristeza.

Avanzaste hacia mí.

Lo primero que hice fue girarme para saber si tu novio estaba otra vez situado a mi espalda. Con alivio descubrí que no.

Justo en ese instante me tocaste el hombro y comenzaste a hablarme.

¿Sueño o realidad?

Para mí, fue la realidad de un sueño.

—Hola, Ismael, ¿qué tal estás?

—Bi... bien —tartamudee.

—Vaya golpe nos dimos el otro día, ¿eh?

—Pssst, un tropiezo de nada —Puse la coraza de hombre fuerte.

—Pues a mí me dolió la cabeza toda la noche.



—Qué pena, pues a mí, absolutamente nada —Mentí como un bellaco.

Sí, te mentí, lo reconozco y lo haría mil veces más con tal de que me siguieras hablando.

Miraste a ambos lados, como si buscaras algo.

—Veo que cuando acaban las clases, siempre te vas solo ¿puedo acompañarte?

—Sí, sí —Me apresuré a responder.

No me lo podía creer, sin ser veintidós de diciembre, ya me había tocado la lotería. Sin ser Nochebuena, Papá Noel ya me estaba entregado mi regalo.

¿Realidad o sueño?

Decidí seguir viviendo el sueño de mi realidad.

Te situaste a mi lado y caminamos juntos, tu ibas abrazada al libro de inglés. Yo envuelto en mis ilusiones

Me miraste.

Sentirme perdido en tu mirada me dio vértigo. El mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor, pero no importó. Soy como un ser encerrado en un laberinto con paredes de algodón de azúcar del que no puede salir y del que tampoco estoy muy seguro que quiera hacerlo.

Alguien nos saludó, tú le devolviste una sonrisa. Yo te miré embobado. Comenzaba nuestra historia y bien sabido es que la mayoría de las historias y pelis de princesas comienzan así... contando que la mamá se ha muerto. La tuya también.

—Desde que le detectaron la dolencia, hasta que se fue, apenas pasaron tres semanas. Ese fue el tiempo que tuvimos para

despedirnos. Después de toda una vida juntas, la enfermedad no nos dio ni un mes para hacerlo.

Pude percibir tu angustia, la soledad que te invadía cuando me relatabas que aquel maldito tumor de pecho se la había llevado. No pude evitar mirar los tuyos, quité la vista rápido. Me sentí sucio por haberlo hecho.

—Y tú, que tal es tu vida —Me preguntaste mirándome como solo miran las vírgenes de un retablo

—Yo... yo casi siempre estoy solo. Me gusta la soledad, así nadie me incomoda. No tengo hermanos, mis padres trabajan mucho y pasamos poco tiempo juntos.

—La soledad no es buena, Ismael.

Me encogí de hombros.

—La soledad no se elige, es ella quien te elige a ti.

Asentiste con la cabeza. En aquel momento te hubiera cogido la mano. Me hubiera gustado que me abrazaras, no recuerdo cuando fue la última vez que alguien lo hizo.

—¡Te invito a un helado! —Me dijiste y, pegando un pequeño saltito, dirigiste tus pasos hacia la heladería Los Valencianos.

No me dio tiempo a decirte que no, la realidad es que tampoco lo hubiera hecho. Con tu desparpajo me rescataste de mí mismo. Sí, creo que, en aquel momento, de la tristeza me fui a la libertad viajando a través de tus ojos.

¿Recuerdas?

Nos sentamos en aquella terraza de Galiana con los helados frente a nosotros, un par de veces intestaste quitarme la galleta

sin que me diera cuenta. Me hice el despistado y finalmente te comiste mi barquillo.

Risas con sabor a helado de avellana y turrón.

Complicidad adolescente.

Un empujón cariñoso sobre mi hombro.

Continuamos hablando de mil cosas: de nuestra infancia, de aquella casa de madera que un día construiste en un árbol, de los chapuzones en la playa de Salinas, de aquel tesoro escondido, de los compañeros de clase...

Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. Yo tampoco; me dijiste. Me sorprendiste con aquella respuesta, hacía unos días te había visto reír con tu novio.

No quise darle más importancia. Tampoco supe darme cuenta de que hay risas que no son felices.

Cerré los ojos y, sin que tú lo supieras, inspiré tu perfume. Olías a ilusión, a proyectos por descubrir, a letras recién escritas. Por un momento percibí que olías a poesía.

En ese momento me di cuenta de que te quería y te querré siempre, porque contigo es todo tan sencillo que, desde el primer momento, me atreví a hablar de todo aquello que solo hablo conmigo mismo.

Cuando nos levantamos de la terraza, te estiraste la falda. Me pareció un gesto muy coqueto. Alguien lo grabó con el móvil. Eso lo supiste más tarde, cuando tu novio te dijo que no quería que te volvieras a poner falda. Te preguntó qué hacías con un mocoso como yo comiendo un helado. Qué si no tenías bastante con él, y tenías que ir calentando a todos los chicos

del instituto. Tú le pediste disculpas, que no creías haber hecho nada malo. Él se enfadó, te levantó la voz, exigió ver tu teléfono móvil y tú accediste pensando que le querías.

Te disculpaste por haber sido tu misma.

Le pediste perdón por intentar ser feliz.

Él, como si fuera un dios, te perdonó y te dijo que no lo volverías a hacer, que sólo debías salir con él y a partir de ese día, además de no ponerte faldas, tampoco te maquillarías.

Asentiste con la cabeza.

Aceptaste su juego de dominio que finalizó en destrucción.

Empezaste a quedar atrapada en la tela de araña que tu novio, tu héroe guapo y fornido, comenzó a tejer a tu alrededor.

Tú que eras flor de primavera, permitiste que te arrancasen los pétalos. Nadie te había dicho que las flores tienen su propio lenguaje a través de los colores y puedes utilizarlo para cambiar el ánimo de tus seres queridos. Una flor amarilla te da energía; la roja nos incita a actuar; una de tonos naranja nos estimula y alienta a la creatividad; la de tintes blancos, nos hace sentir bien, nos proporciona calma. Y tú, inocente, te dejaste intimidar para convertirte en flor de invierno. Fría, gris y con tonalidades tenues.

Cuando me contaste todo eso, quise darte un abrazo, un beso, una huida. No lo hice y hoy me arrepiento. Mis otros yo no me dejaron.

Mi yo inseguro.

Mi yo con miedo.

Mi yo tímido y sin fuerza.

No tenía que haberles hecho caso, tenía que haber escuchado a mi yo cargado de sentimientos y principios. A mi cabeza, donde se organizan todas mis ideas y mis emociones, y mi mundo entero, aquí dentro, donde yo sé lo que está bien y lo que está mal, lo que debo hacer y lo que no... Pero no lo hice.

Lloraste sin lágrimas, sin alterar el rostro, porque también se puede llorar por dentro, en silencio. Tuviste miedo, el miedo es libre y sus esclavos siempre somos nosotros.

Cuando me alejé de ti, estaban allí implacables con sus móviles en la mano. Los vi mirarnos sonriendo, y yo solo pude ver sus dientes amarillos de lobos sanguinarios.

¿Sabes?

Creo que Jacinto Benavente tenía razón; lo peor que hacen los malos es obligarnos a dudar de los buenos.

## Capítulo 5

Daniela, yo siempre he tenido dudas de qué o quien dirige los destinos de nuestros días.

¿Crees que será algún ser superior y divino como afirman muchos?

¿Seremos nosotros mismos con nuestras acciones?

¿Tal vez será el azar?

Ante el recuerdo de lo que sucedió aquel día, me encojo de hombros.

¿Lo tienes en tu memoria?

El 23 de diciembre fue un mosaico de luces y sombras, de alegrías y tristezas, de ilusiones marcadas por las decepciones. Aquel viernes fui feliz y cuando me di cuenta me estaban empujando al abismo del infierno. Aquel día vi la claridad de mi futuro y, de forma brusca, alguien activó el fuego del infierno. Mi propio infierno.

¿Destino o azar?

¿Decisión propia o acción de Dios?

¿A quién pertenecían aquellos ojos brillantes como los de un zorro escondido entre los arbustos esperando para atacar?

Al llegar la noche, caminé descalzo en la madrugada, me refugié entre las sábanas de algodón y sangré gota a gota tus recuerdos. Sentí que nuestro hilo rojo se había tensado de una manera tan brusca que, por un momento, pensé que podía llegar a romperse.